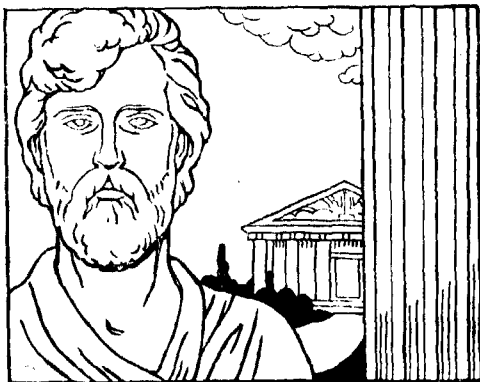


Aristotelismo en la cultura occidental



*Todos los hombres, por naturaleza,
desean saber.*

ARISTÓTELES
Met. A. 1. 980 a 22

LA bibliografía aristotélica de M. SCHWAB (1) contenía una lista de más de 3.700 números. Los trabajos aristotélicos posteriormente escritos formarían una lista de muchos centenares de volúmenes. Las publicaciones aristotélicas del año 1935 fueron 71; 97, las de 1936; 75, las de 1937, y 106, las de 1938 (2).

Para apreciar el valor que estos números tienen como exponente de la vida intensa del aristotelismo, hay que tener en cuenta que la producción bibliográfica actual sobre Aristóteles representa sólo una etapa del peripatetismo; es población asentada sobre ruinas de ciudades populosas que la precedieron. Todavía nos hablan los antiguos comentaristas griegos, latinos, árabes, hebreos y sirios, como testigos supervivientes, de la inmensa literatura que los siglos anteriores a la imprenta habían dedicado, en forma de códices, a la exégesis del Estagirita.

El volumen extraordinario que ocupan los estudios aristotélicos, en la cultura occidental, produce impresiones, al parecer, antagónicas: la primera, es de reacción desfavorable al Estagirita. Un autor a cuyo estudio se han consagrado legiones de hermenutas, sin

(1) M. SCHWAB, *Bibliographie d'Aristote*, París, 1896.

(2) A estas cifras aproximadas hay que añadir los escritos que versan sobre comentaristas aristotélicos, que son, respectivamente, para esos cuatro años 20, 19, 15 y 8.

lograr la interpretación satisfactoria del mismo, no puede ser un filósofo de inteligencia clara; es un enigma. Esta consideración adquiere aún mayor fuerza, cuando se tiene en cuenta la profunda discrepancia y la variedad ilimitada de las interpretaciones dadas a Aristóteles.

En el dilatado panorama de la tradición aristotélica, es menester distinguir épocas que correspondan a las diversas interpretaciones que dan del Estagirita. En la primera de dichas épocas, los amigos y sucesores de Aristóteles prosiguen la labor del maestro, como herederos de sus escritos, de su museo y de su espíritu, agrupados en el recinto material del Liceo. Otra época de adhesión más universal y entusiasta se abre con la era de los grandes comentaristas griegos. Con el Cristianismo, surgen nuevas tendencias, que, en parte, sincronizan con la corriente anterior de los comentaristas, pero dando al estudio de Aristóteles una orientación dogmática en que aquéllos no habían insistido.

La Edad Media cristiana inaugura otra era aristotélica, en parte influida por los filósofos árabes y judíos; es el escolasticismo cristiano, que ha de formar, en las Universidades europeas, legiones compactas de maestros y discípulos que rivalizan en entusiasmo peripatético. El Renacimiento busca en Aristóteles un maestro más de una pseudorenovación pagana, que, con sus estudios literarios, prepara el terreno a la crítica moderna, en la que el aristotelismo lleva el signo realista y positivo de los estudios históricos y filológicos.

El enigma de Aristóteles parece haberse convertido en pesadilla científica de todas las edades. ¿No podríamos prescindir de esa preocupación fatigante, quemando, de una vez para siempre, toda esa inmensa literatura? ¿Perdería algo con ello la verdadera filosofía y la dignidad de la cultura humana?

Sueño vano el querer prescindir del Estagirita, por esa impresión desfavorable que produce tanta labor de hermenéutica y tanto comentario. Aristóteles ha logrado una importancia histórica trascendental, y la humanidad no podrá prescindir de él, mientras no prescinda de su propia historia. Al Estagirita le hallamos como elemento influyente en todas las generaciones que le han sucedido; la historia

nos lo presenta cubierto con toda clase de ropajes y armaduras. En una miniatura antigua, aparece cubierto de turbante moro, porque los musulmanes le consideraban suyo, como le podían considerar también suyo los cruzados de San Luis. Maimónides le introdujo en las sinagogas israelitas, de donde ha podido pasar, sin dificultad, a las logias masónicas. En las estancias del Vaticano, aparece, en primer término, en la Escuela de Atenas, como precursor de nuestra ciencia y maestro de la juventud cristiana. En Barthelemy-St.-Hilaire, es Aristóteles un profeta de la Revolución francesa, un demagogo de las libertades populares, en cuyas sienes asentaría perfectamente el gorro frigio. Entre los forjadores del imperialismo inglés y del racismo germánico, Aristóteles ha hallado discípulos entusiastas, que agradecen al Estagirita el armazón de sus ideas antropológicas y políticas.

A Aristóteles se le podrá mirar con el recelo y la enemistad con que le miraron los Santos Padres o con el afecto y admiración con que a él se acercó Santo Tomás. Lo que no se puede hacer ya es excluirle de la historia de los pueblos, y muchos menos de naciones, como España, que en dos épocas de su historia ha culminado entre los pueblos cultos, una vez como representante del aristotelismo judío-arábigo y otra vez como portaestandarte del escolasticismo cristiano.

Para orientarnos en el intrincado problema del aristotelismo, no estará de más tener presentes las diversas manifestaciones del mismo, presentándolas sumariamente y sin pretensiones de investigación, en los párrafos siguientes.

I. *Edad antigua.*

a) *Sucesores de Aristóteles.* A la muerte del Estagirita (322, 321 a. C.), el Peripato era una especie de universidad moderna, donde predominaba, con mucho, el espíritu de investigación sobre las exigencias de la formación dogmática y moral de sus discípulos. Esta circunstancia fué la que proporcionó al Peripato la posibilidad de seguir dando a las ciencias el impulso que éstas habían tomado de Aristóteles; pero fué también causa de la poca unidad de la escuela frente de las otras sectas filosóficas, como la Academia, el Epicureísmo y la Estoa.

escuelas que alcanzaron una longevidad mucho mayor que la de Aristóteles, entendiéndose por escuela aristotélica, así el Peripato o escuela de Atenas, como la forma difusa en que muy pronto comenzó a propagarse el movimiento aristotélico.

El primer escolarca, **TEOPRASTO**, abarcó, en toda su universalidad, la obra de Aristóteles, aun cuando parece haber sido causa, con sus aporías, de haber restado prestigio al sistema metafísico y lógico del Estagirita. Por lo menos, contribuyó al escepticismo y divergencias doctrinales dentro de la escuela, aunque las heterodoxias no fueron nunca causa directa de desunión o abandono del trabajo común, que era el distintivo principal de la corriente iniciada por el fundador. **TEOPRASTO** defendió la eternidad del mundo contra la incipiente escuela de Zenón, como doctrina aristotélica.

EUDEMO, temperamento más religioso y menos naturalista que **TEOPRASTO**, cultivó, con especial interés, las matemáticas y la astronomía. **ARISTOXENO DE TARENTO** se consagró a la música, disciplina cuyo estudio fomentó, mostrando gran simpatía por la secta de **PITÁGORAS**, escuela que había sido objeto de los ataques más fuertes por parte de Aristóteles. **EUDEMO**, lo mismo que **DICEARCO**, sostenía que el alma consistía en la armonía que conserva la constitución orgánica del cuerpo (1). **DICEARCO DE MESINA** dió un fuerte impulso a los estudios históricos de la política griega, iniciados por Aristóteles (2).

Entre otros nombres célebres de la escuela peripatética, la antigüedad ha conservado los de **CRITOLAO**, que defendió, en contra de Aristóteles, la ilicitud de todo placer (3), y **DEMETRIO FALERNO**, más conocido por su actividad política y literaria que como filósofo. El interés predominante de la escuela se orientó hacia las ciencias naturales y exactas, y hacia el estudio histórico y cultural, con detrimento de la metafísica y de la misma moral, hasta que la competencia con las escuelas rivales, obligó, hacia el escolarcado de **LYKON** (272-268), a dar a esta última disciplina un carácter más práctico. A los discípulos de Aristóteles les ocurrió algo de lo que había sucedido a los de Sócrates; cada uno siguió el rumbo que más le agradó; si en el Peripato hubo mayor solidaridad y unión, ésta fué debida al mismo edificio que los albergaba, suministrándoles una biblioteca y un museo, como no los poseyó el mundo antiguo antes de la fundación de la biblioteca Serapeum, de Alejandría.

El Peripato no tuvo, según esto, carácter de escuela, sino de Universidad, que conservó de su fundador la iniciativa investigadora del trabajo cultural, sin restringirse a un sistema cerrado de doctrina. ¿Sería que el mismo Aristóteles se halló siempre en un estado de crisis y evolución científica? Tal es la teoría de **JAEGER**. En cambio, otros, como el profesor de la Gregoriana **P. LE BLOND**, se inclinan a creer que la filosofía de Aristóteles tiene algo de mosaico doctrinal.

b) *Período grecorromano*. Los rasgos característicos de este período, consisten en la labor crítica y biográfica sobre Aristóteles y sus obras y en la apa-

(1) **LACTANCIO**, *Instit.* VII, 13; **ML**, 6, 778, **CICERÓN**, *Tusc. disp.* I 20, 21.

(2) **CICERÓ**, *ad AH.* II 2.

(3) **CELIO**, *Noc. AH.* IX 5, 6.

rición de los grandes comentaristas de Aristóteles. Como labor filológica, fué de influjo definitivo, para el decurso de los siglos, la edición crítica llevada a cabo por ANDRÓNICO DE RODAS, NICOLÁS DE DAMASCO escribió un libro sobre la filosofía aristotélica; TOLOMEO DE CIENNOS, una biografía del Estagirita.

Entre los primeros grandes comentaristas, figuran ASPASIO y ALEJANDRO DE AFRODISIA, cuyas obras se han conservado en parte. La labor exegética hecha sobre Aristóteles, en forma, hasta entonces, exclusiva para Homero y poetas más insignes, fué causa de que el peripatetismo, que llevaba una vida lánguida, como secta, se introdujera en las demás escuelas, especialmente en el Neoplatonismo, al que pertenecieron gran parte de los comentadores, fuera de algunos, como ALEJANDRO DE AFRODISIA, llamado el segundo Aristóteles y considerado como el último peripatético. La corriente de los comentaristas griegos perduró, no sólo en la escuela de Atenas, donde llevó una vida oscura hasta mediados del siglo IV, sino que presiguió, aún en la época bizantina, durante toda la Edad Media. Entre los comentaristas, descuellan los nombres de AMMONIO, TEMISTIO, SIMPLICIO y FILOPONO, además de los antes mencionados. Es de notar la preferencia que dichos comentaristas muestran por las obras de carácter especulativo, como son el *órgano*, la *física*, la *metafísica* y el tratado de *anima*; los estudios de ciencias naturales, la historia y la política, que habían atraído, casi exclusivamente, la atención de los sucesores inmediatos de la escuela ateniense, quedan relegados al olvido por los comentaristas; la mayor parte de las obras del Estagirita se pierden, por la incuria del tiempo y la indiferencia de los eruditos.

Además, hay que tener en cuenta, respecto a la moral y a la política, que la primera no podía compararse con la perfección que los estoicos habían sabido dar a su ética; y la política de Aristóteles era también muy inferior, prácticamente, a las doctrinas políticas de los romanos, muy especialmente a la República de Cicerón.

Además de los comentaristas descuellan, entre los peripatéticos de esta época, el autor de la obra *περὶ κόσμου* y el gran erudito y médico GALENO (129 f. p. C.), ambos de tendencias muy eclecticas.

e) *El aristotelismo cristiano en la era patristica.* El evangelio les pareció a los primitivos cristianos doctrina muy divergente de los sistemas filosóficos del mundo helénico. Contra la filosofía en general, les había advertido San Pablo que no se dejaran seducir por ella y que no siguieran las vanas falacias de las tradiciones humanas, «según la enseñanza de los elementos del mundo» (1); contra los filósofos en general, van dirigidas aquellas palabras: «*Quia cum cognovissent Deum non sicut Deum glorificaverunt, aut gratias egerunt, sed evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum*» (2).

Esta animadversión general se concretó en Aristóteles, más que en otros filósofos. Ya en TACIANO encontramos una invectiva, dura y sarcástica, contra Aristóteles, como enemigo de la Providencia y mal educador de Alejandro Magno: «Aristóteles, habiendo puesto limite, insensatamente, a la Providencia, y habiendo

(1) I Cor. 2, 4-5.

(2) Rom. 1, 21, 22.

establecido la felicidad en los placeres a que él se dedicaba, cometió también la necesidad de adular al joven loco Alejandro (1). En diversas obras de la primitiva Iglesia, atribuidas falsamente a SAN JUSTINO, se refutaban las opiniones de Aristóteles; así, por ejemplo, en la *cohortatio ad graecos* (2). Y todavía más ampliamente en un opúsculo citado por Focio, como del mismo SAN JUSTINO, y que lleva por título *Confutatio quorundam Aristotelis dogmatum* (MG 6, 1491-1564).

ATENAGORAS se ocupa de las opiniones de Aristóteles, recogidas en los *Placita* de AECIO, para contraponerlas a las cristianas (3); en otro pasaje ataca la opinión antiprovidencialista de Aristóteles, diciendo: «Esto hizo que también Aristóteles dijera que no había providencia en las partes inferiores del cielo» (4). SAN IRENEO reprende a los Valentinianos, por haber introducido en cosas de fe «las minucias (dialécticas, el *minutiloquium*) y la sutileza en las cuestiones, cosa propia de Aristóteles» (5).

El escritor cristiano que más ampliamente se ocupó de Aristóteles, en los primeros siglos cristianos, fué HIPÓLITO, que dedica resúmenes, relativamente muy minuciosos, a sus opiniones. Su actitud respecto al Estagirita, es, poco más o menos, como la de SAN IRENEO, al reprender a BASÍLIDES por su aristotelismo anti-cristiano: «No parece oportuno pasar en silencio las opiniones de BASÍLIDES, que están tomadas de Aristóteles el Estagirita y no de Cristo» (6).

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA insiste también, como la mayor parte de los Padres y escritores que estamos enumerando, en el antiprovidencialismo de Aristóteles; basta un sólo pasaje: «Ni será molesto, según creo, que, al llegar aquí, recuerde también a los peripatéticos. Porque el padre de esta secta, por no creer en el Padre de todas las cosas, piensa que el que lleva el nombre de Altísimo es el alma de todo; es decir, que, al pensar que Dios es el alma de todo, él mismo se taldra» (7).

ORÍGENES, en su refutación de Celso, no podía menos de referirse con frecuencia a las opiniones del Estagirita. Así dice, hablando de Moisés: «¡Ojalá que Epicuro y el que le es algo inferior al blasfemar contra la Providencia, Aristóteles y los estoicos, que hacen corpóreo a Dios, le hubieran podido oír!» No estaría el orbe lleno de doctrinas que niegan o limitan la Providencia (8).

EUSEBIO DE CESAREA reprocha, entre otras cosas, a Aristóteles el haber puesto la felicidad en los bienes de fortuna, reputándolos tan necesarios como la virtud (9). Después, suscribe los reproches dirigidos por el neoplatónico ATICO contra

(1) TACIANO, *Or. ad graec.*, c. 2; ed. SCHWARTZ, p. 23.

(2) PS. JUSTINO, *cohortatio ad graecos*, 5; MG 6, 250 sq.

(3) ATENAGORAS, leg. pro christ., 6; MG 6, 902; ed. SCHWARTZ p. 6-23.

(4) l. c. 25; MG 6, 950.

(5) SAN IRENEO, adv. haer., II, 14, 5; MG 7, 751.

(6) HIPÓLITO, *Elechos* VII, 14; ed. WENDL, p. 191.

(7) CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *cohort. ad gent.*, v; MG 8, 170; ed. STALLIN p. 50; cfr. *Strom* II, 21; v, 14, y muy especialmente IV, 5 contra el antiprovidencialismo.

(8) ORÍGENES, contra *Celsum*, I, 21; MG 11, 696.

(9) EUSEBIO DE CESAREA, Praep. evan., XV, 3; MG 21, 1302.

Aristóteles, en el tema de la Providencia: «Aristóteles, que ha puesto la divinidad (en los cielos) hasta la luna, quita a la administración divina las otras partes del mundo» (1); objeciones iguales aduce, en el capítulo siguiente (2), contra la doctrina aristotélica de la eternidad del mundo, y en el capítulo séptimo, contra la naturaleza del éter (3).

Lo mismo impugna SAN GREGORIO NAZIANCENO «la pedantesca providencia de Aristóteles, con su método técnico, sus raciocinios sobre la mortalidad del alma, y el naturalismo de sus dogmas (4). Todavía podríamos añadir, con FESTUCIERE (5), los nombres de EPIFANIO y TEODORETO, sin contar a CIRILO DE ALEJANDRÍA (Thes, X) y, entre los latinos, a TERTULIANO (6), sin llegar a completar la lista de los Padres y escritores cristianos adversos al Estagirita. El pequeño favor o benevolencia relativa que encontró en otros Padres, como SAN BASILIO, SAN GREGORIO NISENO, DIODORO DE TARSO y NEMESIO, no sirve para amenguar en nada esta animadversión profunda que la Iglesia primitiva sintió por el que, más tarde, había de ser el Filósofo por antonomasia en el escolasticismo cristiano y musulmán.

Dos hechos de capital importancia para la historia del aristotelismo, que tienen lugar dentro del período patrístico, son los de su acogida favorable, así en las sectas heréticas en general, y, en especial, en el Nestorianismo, como en las obras de SAN JUAN DAMASCENO, que escribió los tratados completamente aristotélicos, la dialéctica (7) y la *institutio elementaris ad dogmata*, fundado en el deseo de aprovechar la filosofía gentil, «en la cual, tal vez, encontremos alguna cosecha y recogemos frutos buenos para el alma» (8). Con esto, comienza la filosofía aristotélica su oficio de *ancilla theologiae*. Ambos hechos han de influir poderosamente, así en el Islam, que tuvo su cuna en las regiones invadidas por el Nestorianismo, y que, más tarde, había de difundir el cultivo de los estudios aristotélicos hasta el Occidente, por medio de los escolásticos musulmanes de España, como en las escuelas cristianas, influenciadas directamente por la autoridad del DAMASCENO e indirectamente por la difusión del aristotelismo, fomentado por los eruditos hispanoárabigos. Otro factor histórico importante fueron también, para la invasión lenta de Aristóteles en la Europa cristiana, las traducciones y comentarios latinos de Boecio y otros autores.

(1) l. c. xv, 5; MG 21, 1310.

(2) l. c. xv, 6; MG 21, 1314.

(3) xv, 7; MG 21, 1319.

(4) SAN GREGORIO NAZIANCENO, *oratio*, 27, 10; MG 24.

(5) FESTUCIERE, *L'ideal religieux des grecs et l'Evangile*, pp. 260 sq.

(6) TERTULIANO de *præscrip.*, 7.

(7) MG 95, 99-110.

(8) SAN JUAN DAMASCENO, *Dialéc.*, 1; MG 94, 532.

II. Escolasticismo.

La aceptación de la filosofía aristotélica en las escuelas cristianas, aunque preparada por AVICENA en el Oriente y por AVERROES en España, es un fenómeno histórico tan difícil de explicarse como trascendente para el aristotelismo y la cultura humana. ¿Cómo es posible que un autor mirado por la Iglesia primitiva con tanto recelo y hostilidad, que fué objeto de condenaciones más o menos solemnes en pleno siglo XIII, lograra al poco tiempo conseguir la hegemonía filosófica en el escolasticismo cristiano? El Concilio provincial de París, en 1210, decretaba *nec libri Aristotelis de naturali philosophia nec commentaria legantur Parisiis*. La prohibición fué repetida el 1215, por el legado pontificio ROBERTO DE COURÇON (1). Las limitaciones indicadas, por las que la prohibición sólo tenía fuerza en París y no afectaban a la lógica y ética aristotélica, amenguan, ciertamente, el alcance de las disposiciones, pero no quitan su importancia excepcional a las medidas conciliares y pontificias. Conforme a ellas, GREGORIO IX, en 1231, y URBANO IV, en 1263, ordenaron una enmienda expurgatoria de los libros del Estagirita. Estas disposiciones se adoptaban en vísperas del triunfo definitivo del aristotelismo, preparado en España, Nápoles e Inglaterra y consumado, por SAN ALBERTO MAGNO y SANTO TOMÁS DE AQUINO, en Colonia, París y Roma.

Esta victoria tan definitiva, sólo pudo obtenerse a fuerza de ingenio y de méritos relevantes por parte de sus comentadores; pero no sin previos compromisos en la interpretación del Estagirita. Por de pronto, la doctrina de éste tenía que ser enmendada en puntos tan importantes como la eternidad del mundo y la imprevisión divina respecto a los seres sublunares; además la filosofía aristotélica debía ser enseñada como preparación para los estudios teológicos, es decir, como *ancilla theologiae*. Una doctrina que había hecho al aristotelismo muy sospechoso como doctrina panteísta y materialista, era el averroísmo, defendido, entre los cristianos, por SIGER DE BRABANT y, más tarde, por MARSILO DE PADUA, JANDUNO y otros muchos filósofos italianos. AVERROES (Ibri Roschid) concedía a cada uno de los hombres sólo el entendimiento adquirido, de naturaleza corruptible. El entendimiento agente y el posible, que son inmortales, es idéntico para todos los hombres. Aristóteles no podía hacer su entrada en las universidades cristianas enseñando semejantes errores gentílicos.

Tampoco se podía admitir la interpretación de los alejandristas. ALEJANDRO de AFRODISIAS, influido por el estoico ARISTOCLES, pretendió encontrar tres entendimientos en la psicología aristotélica: el posible, el adquirido y el agente. Sólo éste último es inmortal, eterno y separable. Los dos primeros nacen y se corrompen con la vida del cuerpo.

SANTO TOMÁS interpretó al Estagirita estableciendo en cada uno de los hombres un intelecto espiritual, que puede ser posible y agente (Sto. Tomás, *Comm. de anima*, lee. x).

Maestro ya de universidades católicas, Aristóteles tenía que acomodarse ahora a las exigencias de sus nuevos discípulos y protectores. La labor crítica, ver-

(1) Cfr. DENIÈRE-CHATELAIN, *Chart. univ.* París, I 136-7, § 79.

daderamente enorme, de ediciones, comentarios, diccionarios aristotélicos, autologías, compendios y traducciones, algunas de la altura de la de GUILLELMO DE MORBECA y SILVESTER MAURUS, no podía ser ocasión ni título para que los escolásticos socavaran la doctrina católica con enseñanzas paganas y naturalistas.

A pesar de estas garantías, el triunfo aristotélico no fué tan absoluto que no durara aún varios siglos la doble corriente antagónica de exaltación y de condenación de la filosofía aristotélica, tal como se enfrentaron los espíritus en las controversias del siglo XIII. Baste recordar los debates que tuvieron lugar en la España de los siglos XVI y XVII, para establecer una serie de actitudes diversas de nuestros pensadores frente al aristotelismo.

Entre ellos, le fueron encarnizadamente hostiles, ya en la época renacentista, HERNANDO ALONSO DE HERRERA, autor de una *Breve disputa de ocho leuadas contra Aristóteles y sus secuaces* (1), que cita en su favor a sus hermanos GABRIEL y DIEGO, al Obispo PEDRO DEL CAMPO, al secretario JORGE DE BARACALDO, a ALONSO RUIZ DE ISLA, a PEDRO MARTÍN y al COMENDADOR GRIEGO.

Pero el portavoz del antiaristotelismo fué, un poco más tarde, el francés PEDRO RAMUS, que formó escuela contra el peripatetismo, contando entre sus discípulos españoles al protestante abulense PEDRO NÚÑEZ VELA y a FRANCISCO SÁNCHEZ, en su *Quod nihil scitur*, aunque, más tarde, por razones de carácter económico, se pasó éste a las filas de los aristotélicos.

Entre los peripatéticos incondicionales más ilustres, se ha de contar a GINÉS DE SEPÚLVEDA, admirador ferviente del filósofo griego, y a ANTONIO GOVEA, oponente del *Ramismo*. Junto a ellos, forman legión los escolásticos de las Ordenes religiosas, especialmente dominicos y jesuitas, precedidos, respectivamente, por SOTO y FONSECA, aunque, entre los últimos, haya mucha más elasticidad en la adhesión al Estagirita, como lo prueba el hecho de que SUÁREZ construyera la metafísica aristotélica en moldes nuevos, rechazando la interpretación metafísica del movimiento, tal como SANTO TOMÁS había interpretado los pasajes aristotélicos referentes a esta cuestión. Otros autores jesuitas, como MARIANA y NIERBERG, no pueden ser considerados como peripatéticos, como tampoco lo fueron PÉREYRA, HUARTE DE SAN JUAN, «doña OLIVA DE SABUCCO», CARAMUEL (más bien antiaristotélico) y toda la escuela de VIVES, que se mantiene en un eclecticismo medurado y discreto.

Tampoco los dominicos siguieron ciegamente al Estagirita. MELCHOR CANO, en un capítulo excelente que dedica a la autoridad de Aristóteles, discute, con serenidad y perspicacia, las razones que en pro del Estagirita y de Platón se aducen, a imitación de sus respectivos patronos, adoptando esta sabia actitud:

«Nos place también a nosotros Aristóteles, y con razón nos place, con tal de que, aún contra su voluntad, no le queramos convertir siempre a los dogmas de Cristo; que es lo que los intérpretes suelen hacer ordinariamente» (2). A con-

(1) Cfr. BONILLA SAN MARTÍN, *Revue Hispanique*, t. I.

(2) Placet enim quoque nobis Aristoteles, et recte placet, modo ne repugnantem etiam illuc ad Christi veliens semper dogma convertere. Id. quod interpretes fere solent. Qui vim contextui saepe afferunt, atque Aristotelem cogunt, ut velit nolit pro fide catholica pronunciet. (MELCHOR CANO, *De locis theologicis*, x, 5.).

tinuación, enumera seis tesis aristotélicas, en las que, a su juicio, no se puede reconciliar a Aristóteles con el Evangelio.

A través de las vicisitudes de la lucha entablada en torno a Aristóteles, el prestigio de éste fué creciendo, si no en extensión —pues el escolasticismo se vió limitado, primeramente, a los estudios sagrados y, aún dentro de éstos, el cultivo de los estudios positivos mermó la importancia antes concedida a Aristóteles—, sí en profundidad, en el sector correspondiente al pensamiento metafísico tradicional. Prueba de ello son las veinticuatro proposiciones tomistas aprobadas por la Sagrada Congregación de Estudios (27-VII-1914), que son, bajo el punto de vista autoritario, el mayor triunfo obtenido por el aristotelismo, como se puede comprobar por el tenor de las mismas.

No quiere esto decir que ni dentro del tomismo sea absoluto el triunfo del aristotelismo, en su oposición a las doctrinas filosóficas de índole más neoplatónica. GEYER expresa acertadamente las relaciones existentes en la influencia de ambas corrientes dentro del escolasticismo: «Mientras que en ALBERTO MAGNO, juntamente con las doctrinas peripatéticas, se introduce una fuerte corriente de neoplatonismo, TOMÁS se halla en continua batalla contra los platónicos y trata de alejarse lo más posible del neoplatonismo. Es claro que no podía eliminar del todo ni el neoplatonismo de los árabes ni el de AGUSTÍN. Por lo que hace al Obispo de Hipona, en las lagunas que presenta el sistema aristotélico, recoge abundantemente materiales agustinianos, como sucede en cosmología, en las tesis de la creación, de la conservación y del gobierno del mundo, y en ética en la ley eterna, con otros elementos históricos y filológicos de la antigüedad» (1).

Con este carácter, no dogmático, pero sí más o menos obligatorio, adquirido por el aristotelismo, interpretado en sentido cristiano, está en armonía otro rasgo, no menos trascendental, del triunfo aristotélico, que es su tendencia avasalladora y la acción absorbente y monopolizadora que trata de ejercer para asegurar su victoria. Aristotelismo y platonismo, que han luchado largos siglos por la hegemonía, y durante otras épocas han intentado abrazarse amigablemente en una armonía imposible de realizarse, aparecen hoy, respectivamente, como símbolos de ciencia pura y de atisbos geniales, pero incoordinados de una sublime fantasía filosófica. Fenómeno equivalente al que ha ocurrido en el seno del escolasticismo entre las corrientes tomista y agustiniana, donde, el raciocinio agustiniano lleva la nota de genialidad no científica, desde que se ha adoptado la terminología y método aristotélicos, como únicos que responden a las exigencias de la ciencia. Así, por ejemplo, se ha podido expresar MANDONET, diciendo, sobre el método agustiniano, en su obra *Siger de Brabant*:

«Absence d'une distinction formelle entre le domaine de la philosophie et de la théologie, c'est-à-dire entre l'ordre des vérités rationnelles et celui des vérités révélées. Quelquefois, les deux ordres sont fusionnés pour constituer une sagesse totale, en partant de ce principe que les vérités possédées par les anciens philosophes sont le résultat d'une illumination divine et qu'a ce titre elles font partie

(1) ULLERWEG-PRAECHTER, *Gesch. d. Phil.* II, II, 428.

de la revelación total. D'autres fois, les domaines de la philosophie et de la théologie sont affirmés comme distincts de droit, mais on n'arrive pas de fait à assigner un principe capable de sauvegarder cette distinction. Même tendance, d'ailleurs, à effacer la séparation formelle de la nature et de la grace. C'est ce fait de l'absorption de l'objet de la philosophie dans celui de la théologie, qui a fourni le prétexte et aussi une demi-justification à ce grief si souvent renouvelé que les scolastiques n'ont pas su aborder les problèmes scientifiques indépendamment du dogme, et même que leur philosophie ne doit pas trouver place dans l'histoire de cette science. Mais cette accusation, qui a un fondement réel chez les théologiens augustinien, n'a plus de raison d'être à l'égard de l'école thomiste» (1).

III. Aristotelismo moderno.

Al desencadenarse el ataque renacentista contra el escolasticismo, muchos humanistas impugnaron a Aristóteles, no tanto en u persona histórica, como en la del Aristóteles escolástico. Dentro del Renacimiento, brotó otra tendencia histórico-crítica del verdadero Aristóteles, que, aunque por el momento no condujo a resultados definitivos, fuera de una serie muy apreciable de traducciones, de ediciones como las de ALDUS y no pocos estudios filológicos, tuvo la virtud de preparar el terreno para los estudios críticos e históricos que se habían de llevar a cabo en la última centuria, a partir de las ediciones críticas que BEKKER y BRANDIS prepararon por encargo de la Academia de Berlín. Los nombres de BONITZ, BARTHELEMY-SAINT HILAIRE, TRENDELENBURG, DUEBNER, WILAMOWITZ, WAITZ, SUSSEMIHL, IMISCH, ROSS, y otros muchos, que sería prolijo enumerar, han contribuido a una labor de depuración y de preparación de materiales histórico-críticos que, en cantidad y calidad extraordinarias, están hoy al alcance del investigador.

Junto a esta labor de índole más material y externa, se han realizado otros muchos trabajos críticos, biográficos e históricos, referentes a la vida de Aristóteles y a todas y cada una de sus obras. Esta nueva corriente no ha podido menos de suscitar numerosas controversias, de las cuales, las más, han tenido lugar entre los representantes de la interpretación escolástica de Aristóteles y los especialistas de la corriente criticista. Así, la falta de crítica, como el exceso de ella, han sido ocasión de deformaciones muy radicales de la realidad histórica, y, por lo menos, han provocado recelos, parte justificados, parte infundados, como sucedió en la polémica sostenida entre el P. FONSECA y MENÉNDEZ Y PELLA-

(1) P. MANDONNET, *Siger de Brabant*, pp. 55, 56. A propósito de Siger de Brabant, representante del averroísmo europeo, debo hacer notar que los límites estrechos del artículo y el título mismo que éste lleva, nos obligan a prescindir del aristotelismo árabe y judío. Para la inmensa literatura relacionada con el aristotelismo medieval, véase UERERWEG PRAECHTER, *l. c.*, pp. 672-675. En su desarrollo tuvieron singular importancia las escuelas de traductores, entre las cuales destacó la escuela de Toledo, con intérpretes tan insignes como DOMINICO GUNDEL SALINO.

VO (1), en la controversia entre ZELLER y BRENTANO y en otras escaramuzas científicas relativas a la mentalidad del Estagirita.

Uno de los puntos que más interesa a la crítica aristotélica es la fijación de su doctrina teológica. Según la mayoría de los autores, Aristóteles resolvió en sentido teísta el problema de la divinidad, pero con un teísmo de contenido muy pobre. Así, después de haber comentado algunos de sus pasajes más conocidos, dice el historiador ZELLER (2):

«Estos párrafos relativos al espíritu divino contienen la primera prueba científica del teísmo, en cuanto que, en ellos, la determinación de una inteligencia divina no se deriva de fantasías religiosas, sino que se deduce lógicamente de los principios de un sistema filosófico. Pero, al mismo tiempo, surge también aquí la dificultad cuya solución es la suprema incumbencia de toda especulación teísta, la de fijar la esencia de Dios, de tal modo, que ni la vida personal de Dios quede eliminada por su diferencia esencial de todo lo finito, ni viceversa. Aristóteles quiere forjarse un Dios consciente; mas, por otra parte, no sólo se le niega cuerpo y vida sensitiva, sino que toda producción, actuación y aún el mismo acto del querer, se declara incompatible con su perfección, quedando su pensamiento limitado a una contemplación solitaria de sí mismo, con exclusión de todo otro objeto.»

Contra estas apreciaciones de ZELLER, reaccionaron SCHNEIDER y BRENTANO, sobre todo éste último, defendiendo que Dios, al conocerse, conoce también la creación, pero sin aportar pasajes aristotélicos probativos de su tesis.

Otros filólogos ensalzan los méritos teológicos de Aristóteles, anteponiéndolos a los de los mismos escolásticos. Así, JAEGER (3) considera al Estagirita como fundador de la teología cosmológica, intelectual y objetiva, que ha servido de fundamento a las ideas teológicas de la antigüedad y de la escolástica medieval. Para ello supone, fundado en conjeturas no comprobadas, que las ideas teológicas de la Estoa, contenidas en el libro segundo del diálogo *De natura deorum* de CICERÓN —que probablemente son de origen oriental—, están tomadas de los opúsculos primerizos de Aristóteles, que hoy no se conservan; así, por ejemplo, del argumento analógico de los grados de la naturaleza, allí desarrollado (que Aristóteles no quiso utilizar en la *Metafísica*), opina JAEGER que le merece a Aristóteles el título de fundador de la teología, por la gran divulgación lograda por el opúsculo en que se supone haber desarrollado este argumento (4). Con este libro comienza la era de los argumentos racionales para demostrar la existencia de Dios.

JAEGER estima como mérito singular de Aristóteles, el haber logrado la reducción de esta prueba, no en forma meramente analítica, falta en la que incurrieron sus sucesores, ni en haber probado la existencia de un Dios popular como el que los pueblos adoran, sino de un Dios, que «por ser forma de todas las formas rea-

(1) Cf. MENÉNDEZ Y PELAYO, *La ciencia española*, t. III, Madrid, 1888.

(2) ZELLER, *Phil. d. Griechen*, ed. 4, II, 2 p. 368.

(3) JAEGER, *Aristoteles, Grundlegung einer Gesch. s. Ent.* Berlín, 1923. p. 159.

(4) *l. c.* p. 161.

les, tiene que ser real» (1). A esta conclusión le llevaron su argumento teológico y del movimiento; tal fué el primer grandioso conato realizado para dominar el problema de la existencia de Dios sobre la base de una explicación sistemática de la naturaleza, con argumentos científicos de dialéctica concluyente (2).

La interpretación que ofrece JAEGER, está íntimamente ligada con su tesis sobre la evolución interna de Aristóteles. Esta evolución, que había sido reconocida por especialistas, como M. T. CASE (3), es considerada por JAEGER como norma absoluta para la cronología de las obras aristotélicas; de tal modo, que un escrito de Aristóteles será tanto más tardío, cuanto más se aparte de la mentalidad platónica.

Este criterio que, tomado en forma tan categórica, tiene el inconveniente de adoptar como punto inicial de partida una teoría tan incierta y ambigua como lo es la mentalidad platónica, por nuestro desconocimiento de muchas facetas de las ideas de Platón, es también recusable por otros motivos. Son demasiado bruscos los cambios que JAEGER supone, al afirmar que Aristóteles pasó del platonismo más puro e incondicional, a un semiplatonismo vacilante, en su período del Asia Menor, para avanzar, después, al antiplatonismo de su segunda estancia en Atenas, tal como se refleja en su *Física* y en la mayor parte de la *Metafísica*, olvidándose, más tarde, de sus preocupaciones metafísicas, al engolfarse en las ciencias naturales.

Dice a este propósito MANSION, en el profundo estudio que dedica a la obra de JAEGER: «Sería paradójico que el naturalista apasionado que se refleja en Aristóteles, no se hubiera despertado si no al llegar a los cincuenta años, después de haber pasado los mejores años de su juventud en un medio ambiente donde se cultivaban los estudios naturales, médicos y matemáticos, con la mayor actividad, como ocurría en la Academia, durante el último período de Platón (4).

La crítica francesa ha seguido derroteros distintos, aunque siempre en combinación con los resultados positivos de la escuela alemana, especialmente en cuestión filológica. Con atinada crítica, han observado los especialistas franceses que el punto más vulnerable de la filosofía aristotélica es su física, la ciencia en que el Estagirita apoyó con más confianza y seguridad el peso principal de sus grandes construcciones; tal vez con menos acierto, han partido, en general, de la seguridad absoluta del fundamento cartesiano de la física moderna, especialmente de la ley de la inercia. En esta doble observación o principio parecen fundarse los estudios de L. BRUNSCHVIG (5) y también, en parte de H. CARTERON (6).

Los estudios físicos de Aristóteles han sido examinados, con gran competencia,

(1) *l. c.* p. 162.

(2) *l. c.*

(3) M. T. CASE, *Encyclopaedia Britannica*, 11. ed. v. *Aristotle*.

(4) A. MANSION, *La genèse de l'oeuvre d'Aristote*, Rev. Neoscol. de Phil. 1927, p. 335.

(5) L. BRUNSCHVIG, *L'expérience humaine et la causalité physique*, Paris, 1922.

(6) H. CARTERON, *La notion de force dans le système d'Aristote*, Paris, 1929.

por O. HAMELIN (1) y por P. DUHEM, cuyos trabajos han contribuido poderosamente a la crítica negativa de las teorías aristotélicas. Dentro del mismo campo físico ha emprendido el P. J. LE BLOND (2) un análisis minucioso de los esquemas diversos a los que corresponden las teorías peripatéticas, entre las cuales encuentra contradicciones fundamentales, que obedecen a la diversidad de dichos esquemas.

Esta nueva interpretación, nacida dentro del escolasticismo, suscita un problema de importancia no despreciable para la filosofía cristiana. Hablando de estas contradicciones, que no se pueden disimular en el Estagirita, y teniendo en cuenta la acusación que contra él se lanza, cada vez con más insistencia, dice otro representante del escolasticismo francés:

«Et ce penseur païen, genie puissant merveilleusement logique, est l'auteur d'un des systemes philosophiques les plus homogènes, les plus rigoureusement liés. Cela aussi des théorèmes de Spinoza. Or, la Scolastique depui S. Thomas, est aristotélicienne; donc la conclusion s'impose: faillite de la Scolastique comme philosophie chrétienne. Voilà le préjugé. Pour le combattre, il arrive qu'on fait Aristote beaucoup plus chrétien qu'il n'est» (3).

El P. BREMOND se inclina a creer que Aristóteles no es tan irreductible al cristianismo, y, para ello, concede que hay en él muchas contradicciones, derivadas de su negación de las ideas platónicas.

EL PORVENIR DEL ARISTOTELISMO

En nuestra mano está el orientar más o menos los estudios aristotélicos, en una u otra dirección; pero no el sepultar en la sombra del olvido al genio del Estagirita, que ha obligado constantemente a legiones de estudiosos a ocuparse apasionadamente de sus doctrinas, en los veintitrés siglos transcurridos desde su muerte. Aristóteles seguirá actuando en el porvenir como en el pasado. ¿Cuál será el signo de su influjo? ¿Lo podemos predecir?

Desde luego, podemos estar seguros de que los estudios aristotélicos han de tener, en adelante, una doble finalidad, marcadamente separada: la fijación ulterior del pensamiento aristotélico y la evolución progresiva de la filosofía por él iniciada. En los siglos anteriores, ambas corrientes fusionaron su caudal, sin establecer el discrimen necesario entre la labor hermenéutica y el avance filosófico. Es mé-

(1) O. HAMELIN, *Le système d'Aristote*, París, 1920.

(2) P. J. LE BLOND, *Logique et méthode chez Aristote*, París, 1939.

(3) A. BREMOND, *Le dileme aristotélicien*, Archives de Phil., 1933, 139.

rito de la moderna filología el haber abierto, para una y otra corriente, cauces autónomos y profundos, que ya no es posible unificar.

En la fijación del pensamiento aristotélico hay, a nuestro juicio, una ingente tarea que realizar. Es cierto que la exégesis de los comentaradores griegos, árabes y escolásticos está ya superada por la crítica filológica; lo cual nada tiene de extraño, dada la imperfección de los instrumentos de trabajo de que disponían los intérpretes y exégetas anteriores a la invención de la imprenta. El hojear de los códices, sin más acotaciones que la de los «textos» o capítulos, sin más ayuda que la de las *catenas* y florilegios, siempre deficientes, era labor sumamente fatigosa y difícil, en la que el comentarista apenas contaba con otro recurso que el arsenal de su memoria. Sólo el índice de Bonitz proporciona hoy al investigador más medios de estudio que todas las bibliotecas de los comentaristas. Estas ventajas externas con que cuenta el investigador moderno, hacen que su labor de interpretación pueda ser mucho más exacta que la de los antiguos.

Pero ¿han utilizado los filólogos modernos todo este material de trabajo para cubrir las lagunas y corregir los yerros de los antiguos comentaristas? Ciertamente que no. Los comentarios antiguos están desvalorizados, pero nada hay que los reemplace. Los estudios de TRENDELENBURG, ROSS, CARTERON y otros de inferior calidad, son fragmentos sueltos para la interpretación de Aristóteles. Para que el Estagirita sea bien conocido, necesitamos comentarios totales de sus obras que vayan provistos de todo el aparato de lugares paralelos, de esquemas amplios, que hagan clara la concatenación del argumento, de aclaraciones verbales, de notas históricas y filosóficas.

Tenemos que confesar que estamos lejos de poseer interpretaciones dignas de la hermenéutica moderna, y que en los mismos procedimientos de estudio se han empleado métodos que dicen muy bien en el análisis de poetas, de historiadores y de escritores de otros géneros, en los que la expresión gramatical y el dato histórico tienen un valor definitivo; pero que son deficientes para el estudio de un filósofo, donde lo que importa es su punto de partida, su orientación

y su lógica. Estos tres elementos están muy poco estudiados en la mayoría de los puntos más trascendentales del Estagirita; y, para fijarlos, ha de contribuir el estudio detenido y amplio de la argumentación del mismo autor, más que la caza afortunada de curiosidades históricas o de fragmentos desconocidos de sus obras perdidas. Se comprende que esta búsqueda sea necesaria para autores como Zenón Citieo o Posidonio de Rodas, cuyas obras se han perdido en su totalidad; pero todo ese material de fragmentos y de alusiones históricas ocupa un lugar ínfimo en un filósofo como Aristóteles, que en miles de columnas de letra cerrada, se esfuerza en explicar-nos su pensamiento.

Contra esta reanudación de la exégesis de Aristóteles, se podrá, tal vez, invocar el pretexto de que no es posible tomar en serio los comentarios del Estagirita, después de las conquistas de la filología moderna sobre la evolución constante de las ideas aristotélicas. Si la doctrina de Aristóteles no cuajó en un sistema cerrado, sino que evolucionó constantemente (JAEGER) o es producto de un conjunto de esquemas heterogéneos (LE BLOND), la labor del comentarista consistiría en el afán irrealizable de fijar un pensamiento que está en continuo flujo.

Mas, para aceptar este reparo, hay que conceder a las teorías de Jaeger y a sus descubrimientos, un alcance que no tienen. Concedido que en Aristóteles hubo un cambio de ideas importante; pero mientras, en cada caso, no se demuestre la desviación doctrinal, la exégesis aristotélica, como la de cualquier autor que haya sufrido más o menos cambios en su pensamiento, ha de proceder sobre la base de la unidad de su pensamiento. Proceder en otra forma, sería negar al Estagirita una personalidad científica que nadie puso en duda entre sus discípulos y seguidores, que nos hablan de un Aristóteles único, a quien le consideraron como verdadero autor de las obras conservadas bajo su nombre. En resumen: a Aristóteles se le ha de considerar como autor responsable de sus doctrinas; los métodos filológicos modernos no han de servir para soterrar el sistema aristotélico en su cualidad de sistema, ni para eliminar las antiguas exégesis de sus intérpretes y comentaristas, si no para remozarlas y

mejorarlas. El panorama de trabajo que este plan supone, necesita legiones de investigadores.

Aun en el terreno histórico filológico, que la crítica moderna ha trabajado con especial interés, quedan todavía regiones poco exploradas en el conocimiento del Estagirita. Tal es, ante todo, el conjunto de relaciones que unen a Aristóteles con sus predecesores; se ha hablado y escrito mucho sobre el nexo entre Platón y Aristóteles, quienes probablemente llevaron al sepulcro el secreto de sus mutuas afinidades y pequeños resentimientos, sin declarárselos a nadie. Ni a Platón le convenía dar pábulo al disgusto que le pudiera ocasionar la gloria creciente y autónoma de un discípulo que le podía eclipsar, ni a Aristóteles le estaba bien el aparecer como mal amigo y como discípulo desertor de maestro tan venerado. En este sentido es muy difícil que una investigación ulterior nos sorprenda con revelaciones inesperadas. En cambio, se han estudiado muy poco las relaciones entre Aristóteles y otros escritores anteriores, a quienes debe una parte tan considerable de su saber el Estagirita, que, por la copia de sus citas, merece justamente el calificativo de padre de la Historia de la Filosofía. Examinar con cuidado las relaciones de Aristóteles con los autores por él citados, es empresa que puede iluminar notablemente la índole del sistema doctrinal del Estagirita.

En particular, merecen estudiarse con interés las relaciones entre Aristóteles y los pitagóricos. El pitagorismo fué la corriente doctrinal que Aristóteles con más saña ridiculizó, refutó y combatió, a lo largo de todos sus escritos, lo mismo en su juventud que en el ocaso de su vida. Las mismas controversias que sostiene con los platónicos, responden, de ordinario, a su animosidad contra Pitágoras. El Estagirita no podía comprender que una inteligencia tan preclara y disciplinada como la de su maestro, se hubiera dejado seducir por la fantasía crédula y alborotada de visionarios como Pitágoras. La ciencia oriental, representada en Grecia por las cábalas astrológicas de Pitágoras, se le hacía una ciencia propia de ilusos. La filosofía y la teología aristotélicas tienen, como objetivo primordial, el liberar a la religión culta de los griegos de aquella servidumbre oriental, haciendo de la religión una verdadera ciencia, en el sentido em-

pírico y positivo que esta palabra había conquistado desde Demócrito.

* * *

Más difícil es adivinar la trayectoria que, en su evolución, ha de seguir la escuela peripatética, hoy representada todavía en el escolasticismo. La diferencia misma que separa a los escolásticos del aristotelismo puro, es tan inmensa, que sólo con gran trabajo se pueden precisar las etapas de esa progresión creciente con que el escolasticismo ha ido modificando su *facies* doctrinal, hasta llegar a la fase en que hoy se encuentra.

El aristotelismo cristiano conserva de Aristóteles nociones aisladas, algunas clasificaciones y el esqueleto de sus categorías; pero en el interior de esas nociones y en los dogmas vivos que envuelven a esas categorías, ha depositado el genio cristiano tesoros de ciencia perenne, que no pudo penetrar la mirada opaca de un filósofo que negaba la Providencia.

El aristotelismo, expurgado por Santo Tomás, conservó aún, durante varios siglos, la hegemonía científica, merced a la costumbre de enseñar la filosofía en la forma clásica de comentarios de Aristóteles.

Dos españoles ilustres contribuyeron, en primera línea, a echar por tierra esta hegemonía de Aristóteles: Luis Vives, en forma de protesta airada contra los abusos introducidos por un peripatetismo decadente; y Francisco Suárez, en forma de construcción positiva, oscureciendo, para siempre, la metafísica aristotélica con el resplandor de sus *Disputaciones Metafísicas*, inspiradas, unas veces, en la problemática del Estagirita y, muchas más veces, en las aguas puras del pensamiento cristiano.

SUÁREZ observó tres siglos antes que JAEGER, la falta de unidad de la metafísica aristotélica, como lo anota acertadamente Grabmann (1); comprendió la situación desventajosa en que se hallaba la

(1) Cfr. M. GRABMANN, *Mittelalterliches Geistesleben*, 1. München (1926), p. 528.

filosofía cristiana, condenada a explicar sus grandes teorías bajo un sistema ajeno, con ocasión de algunas expresiones incidentales del Estagirita. El Doctor Eximio no se resignó a ver el Evangelio viviendo en forma precaria, y se decidió a echar los cimientos de una metafísica cristiana, en que los materiales aristotélicos sirvieran de complemento y de materia de ornamentación cultural, mas sin comprometer la armonía e integridad que debía poseer en sí misma la ideología filosófica de mentes esclarecidas por la luz del Evangelio.

Suárez abrió una nueva era al pensamiento humano. Lo que en Aristóteles es balbuceo confuso y vacilante, adquiere en el Doctor Eximio la madurez del discurso perfecto. Tal sucede con la doctrina sobre el objeto de la metafísica, el concepto y propiedades del ente, la teoría de la causalidad y las mismas categorías. En estas doctrinas, Aristóteles es tan sólo el punto de partida de muchas de las discusiones y el forjador de fórmulas filosóficas aceptadas por la posteridad peripatética; la savia vital vaciada dentro de esas fórmulas, es patrimonio de la sabiduría cristiana.

En otros temas, y precisamente en los más fundamentales de la filosofía, Suárez avanzará por regiones casi desconocidas para el Estagirita. Tal sucede, por citar algún caso, en la *disputación quinta*, sobre la unidad individual, y en la *disputación treinta y cuatro*, sobre la personalidad. Dígase otro tanto sobre las *disputaciones veinte-veintidós*, en que se trata sobre la creación y conservación de los seres por Dios y sobre el concurso de la acción divina. Más lejos aún de la esfera terrena en que se mueve Aristóteles, se eleva el vuelo del pensador cristiano, en las *disputaciones veintiocho-treinta y una*, que versan sobre las relaciones entre el ente finito y el infinito. La *disputación treinta y una* termina con la explicación de la dependencia del ser creado respecto a Dios; en ella, Suárez eleva la especulación filosófica hasta los confines del mundo sobrenatural. Si el pensamiento cristiano y aun el humano, ha de tener como meta suprema el conocimiento de las relaciones entre el hombre y Dios, Suárez, maestro egregio en la explicación de las distancias que separan a lo finito de lo infinito, es el pensador que más alto ha subido en la explicación filosófica de la unión del hombre con Dios. Por eso, la filosofía peripatética

cristianizada tiene en él un jefe que, con mirada genial, le descubre horizontes inmensos, iluminados a medias por la luz de la inteligencia y de la revelación.

Grabmann ha explicado, con el peso de su inmensa erudición, la trascendencia de las *Disputaciones Metafísicas* de Suárez en la Historia de la Filosofía; su autoridad, unida a las muchas que el mismo autor cita y comenta, nos sirve de garantía al tratar de dar a Suárez un relieve tan excepcional en la filosofía cristiana. El sendero abierto por Suárez, puede transformarse fácilmente en camino real del pensamiento cristiano. Al separarse del método clásico de los comentarios aristotélicos, superándolos con una creación tan genial y portentosa, ha creado un sistema nuevo, en que la mente humana se ve forzada a someterse a la divinidad, para unirse con ella, transformándose en sujeto apto para las operaciones de la gracia, como instrumento del imperio divino, a cuya acción se adapta, mediante su potencia obedencial, pasiva y activa.

Aristóteles perdió en Santo Tomás el carácter pagano antiprovidencialista, ingénito a toda su filosofía. El Doctor Angélico le hizo adoptar dogmas muchos más extremosos que los que él había combatido en el pitagorismo. Con Suárez, perdió definitivamente el mismo cargo de maestro que venía ejerciendo en la filosofía perenne, teniendo que contentarse con la gloria eterna que sus méritos le han merecido en la Historia de la Filosofía, y que Suárez es el primero en reconocérselos. En otros sectores de la Filosofía, muy especialmente en la moral, es mucho menor todavía la autoridad docente que Suárez reconoce en el Estagirita.

Alguien ha considerado a Suárez como un analizador que arrastra con la habilidad seductora de su raciocinio, pero a quien le falta la visión de conjunto que se exige de un pensador de talla excepcional (1). A nuestro juicio, es al revés; el dialéctico, con ser muy penetrante, es en Suárez muy inferior al genio y al vidente. En trabajos, parte publicados, parte en preparación, abrigamos la esperanza de probar prácticamente que el que sólo ha visto en Suárez al

(1) Cfr. J. T. DELOS, *La Société Internationale et les principes du Droit Public*, París (1929), p. 230.

maestro brillante de una escuela filosófica, que proporciona a sus discípulos un arsenal rico en definiciones y distinciones, en esquemas, en tesis propias y en raciocinios ingeniosos, y no ha sorprendido en él una unidad maravillosa del pensamiento cristiano, ha pasado por sus obras sin comprender lo mejor que ellas encierran. En el Doctor Eximio hay muchos puntos controvertibles, como los hay en el Doctor Angélico, su maestro y guía; pero lo más fundamental de su filosofía recuerda, por su unidad y la fuerza aplastante de la verdad, la concatenación y profundidad que tienen los ejercicios ignacianos para la moral cristiana.

En otros estudios nos hemos ocupado del parentesco que existe entre la ascética de San Ignacio y la filosofía suareziana. Al aristotelismo, cristianizado por Santo Tomás, ha enriquecido, de este modo, Suárez, con los raudales de luz con que está iluminada la vida interna del cristiano. No pretendemos con esto hacer un llamamiento a favor del suarismo, sino afirmar la esperanza de que los estudiosos que buscan en el Doctor Eximio dirección para salir de la crisis filosófica en que se encuentra la cultura humana, encontrarán en él un guía que les oriente en su noble empresa, con una dirección complementaria a la que el mismo Suárez había encontrado en la ascética ignaciana.

ELEUTERIO ELORDUY, S. J.

EL liberalismo es la burla de los infortunados; declara maravillosos derechos: la libertad de pensamiento, la libertad de propaganda, la libertad de trabajo... Pero esos derechos son meros lujos para los favorecidos por la fortuna. A los pobres, en régimen liberal, no se les hará trabajar a palos, pero se les sitia por hambre. El obrero aislado, titular de todos los derechos en el papel, tiene que optar entre morir de hambre o aceptar las condiciones que le ofrezca el capitalista, por duras que sean. Bajo el régimen liberal se asistió al cruel sarcasmo de hombres y mujeres que trabajaban hasta la extenuación, durante doce horas al día, por un jornal mísero, y a quienes, sin embargo, declaraba la ley hombres y mujeres «libres».

*JOSÉ
ANTONIO*
